



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
Escritor.

Su nombre en vano

Se acercan las elecciones autonómicas y debemos cargarnos de paciencia porque se volverá a las andadas. La demagogia nacionalista es rentable, mucho más que un serio programa de gobierno

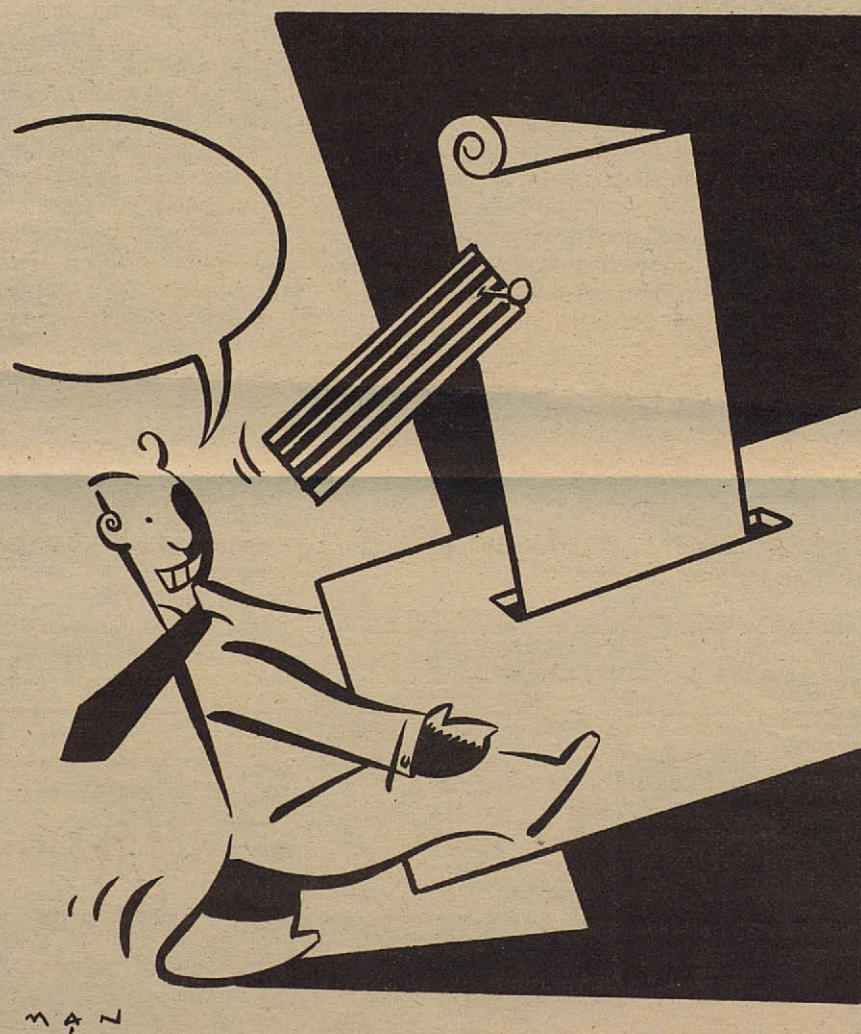
Cuando una persona se compara a otra, y luego a otra, y a otra más después, aparte de su inseguridad, muestra claros síntomas neuróticos: complejo de inferioridad, angustia permanente, necesidad de conocerse. Y ve su imagen distorsionada por los diferentes espejos en los que quiere contemplarse, por los sucesivos modelos humanos con los que se compara.

Este comportamiento neurótico puede inculcarse a una comunidad. No fue bueno que personalidades políticas, religiosas y culturales propusieran a la ciudadanía catalana modelos bálticos o balcánicos. Los modelos no eran nada modélicos y resultaba insultante que nos compararan a países cuya historia y realidad actual nada tienen que ver con la nuestra, afortunadamente.

Luego apareció otro modelo, más presentable: el de Flandes. Pero la federación de flamencos y valones en el Reino de Bélgica se vio sacudida por disputas nacionalistas: el socialcristiano y moderado primer ministro belga, el flamenco **Wilfred Martens**, dimitió. El brote de sarampión nacionalista prendió en una población que **Martens** creyó haber vacunado. Tampoco este ejemplo fue acertado. Todas las comparaciones son odiosas, pero ignoro por qué no nos propusieron modelos como Suiza o Finlandia, países en los que diversas culturas conviven armoniosamente.

Si la riqueza de Catalunya es la gente, hay que cuidar a la gente, y no crisparla. La clase política no puede proponer al país ideales irrealizables, por muy sentidos que sean, porque luego la frustración hace mella en la ciudadanía, y eso no es bueno. Un país resentido se vuelve intolerante, complejo. El modelo ha de ser, en todo caso, Catalunya para otros, y no al revés.

Son muchas las cosas que este país puede mostrar como ejemplares y particulares: sus *lleis* y sus *institucions*, su cultura, su idioma propio y oficial



conviviendo en armonía con el idioma oficial del Estado, su rechazo a la violencia, su tolerancia, su capacidad de trabajo, su buena disposición para acoger a los inmigrantes... Esta cara de la moneda es mucho más rica que una simple enumeración de méritos y cualidades. La cruz, nuestros defectos, el reverso de la moneda, no nos gustan, y no es agradable ser juzgados sólo por ellos.

Este pueblo nuestro, a lo largo de la historia, ha ido a más. Pese a retro-

cesos, desastres y opresiones, siempre se ha hecho y ha sabido superar. La situación actual es buena, pero debemos mejorarla sin arriesgar el bienestar y la convivencia de todos. Porque hasta aquí se ha llegado sin ser vencedores de guerra alguna, sino todo lo contrario. Se han vivido etapas de tensiones sociales y de dificultades económicas: como en todas partes, pero no en todas partes se han resuelto sin traumatismos, como aquí. Todos elegimos el camino de la libertad y de

la democracia, un camino que no se ha de abandonar.

La mayoría de la sociedad catalana no muestra la crispación que en muchas ocasiones se apodera del ánimo de los líderes políticos, que parecen querer revolver el agua clara de la convivencia para pescar votos. Este proceder de ciertos políticos es reiterativo, pesado, desagradable, empequeñecedor. Pero...

Se acercan las elecciones autonómicas y debemos cargarnos de paciencia porque se volverá a las andadas. La demagogia nacionalista es rentable, aquí y en cualquier parte de la Tierra; mucho más rentable que un serio programa de gobierno. Sí, por supuesto: un hombre, un voto. Pero un hombre es mucho más que un votante, y no se le debería manipular truculentamente con ridículos halagos y ofertas surrealistas. Paciencia: no pasará nada, pero la tabarra puede ser formidable y ridícula. Y el nombre de Catalunya se pronunciará en vano miles y miles de veces, pecaminosamente. Catalunya quiere ser y es un país respetable, un país al que hay que servir, y no servirse de él. **Salvador Espriu** escribió versos lapidarios sobre este tema.

Los que tenemos edad provecta y conservamos fresca la memoria personal y colectiva no podemos olvidar, entre otras cosas, el terrorífico uso que el nacionalismo centralista hizo del nombre de España. Ingenieros, cantantes, pintores o lingüistas eran, antes que otra cosa, preclaros hijos de España, grandes españoles. Bastaba con que no estuviesen fichados como desafectos. Mucha gente temía ser acusada de *mal español* o de *antiespañol*. Pero a otros eso nos traía sin cuidado.

Si antes aguantamos tanto absurdo, tanto "**España, España**", aguantaremos ahora, con pena y rubor, el uso abusivo del nombre de Catalunya. Un día la historia nos juzgará a todos, a todos: a gobernantes y a gobernados; pero no con el mismo rasero.